

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral de los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

SUMARIO

	Páginas	
Perfil de una generación	3	<i>Emilio Martín de Cáceres</i>
Ideario Extremeño	12	<i>Fray Juan de los Angeles.</i>
Nuestros clásicos: La abeja (madrigal)...	13	<i>Juan Pablo Forner.</i>
Recuerdos: Cosas suyas	14	<i>Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.</i>
Estatua yacente: Presa del pensamiento....	19	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Las modas científicas	20	<i>Carlos Callejo Serrano.</i>
Viernes Santo	27	<i>José Canal.</i>
La metafísica de Ortega y Gasset.....	29	<i>Eugenio Frutos.</i>
Ardentía	36	<i>Manuel Ostos Gabella.</i>
Devociones cacereñas: La «encamisá» de Torrejuncillo	37	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Pensamientos	42	<i>Buda, Corneille, San Juan de la Cruz y Bartelemy.</i>
Sonetos del amor divino: Noche serena	43	<i>Teodoro Cepeda Gil.</i>
Crítica fiel	44	<i>Rufino Saul.</i>
<i>Azorín</i> . La sensibilidad literaria y el alma de las cosas.....	45	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Páginas antológicas: La nacencia	54	<i>Luis Chamizo.</i>
La ruta nacional del «Camino de la Plata» ..	59	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
S. O. D. I. P., S. A.	64	
Dedicado a... ..	65	<i>Juan Sánchez García.</i>
Haciendo memoria: Yo hablé con los reyes .	67	<i>Luis Montalbán.</i>
Ofrecimiento	69	<i>Ricardo Becerro de Bengoa.</i>
Crítica sin hiel.....	71	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Necrológica: Don Juan Tena Fernández....	74	<i>Marcelino González-Haba.</i>
Mirador: Crónica	77	<i>Julio Cendal Peñalver.</i>
Concursos.....	88	
Recensiones.....	89	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Noticia de Revistas	91	<i>Equis.</i>
Láminas.....		

*Nuestros artistas: «Guadalupe»,
por José Antonio Navarro
Molano; fotos de Javier, Arri-
bas y García Garrabella y C.^a*



ALCANTARA



D. Legal CC-26-1958

Año XXI

ENERO a JUNIO, 1967

Núm. 148

Perfil de una generación

EON la muerte de *Azorín* desaparece, físicamente, el último ejemplar de la denominada generación del *noventa y ocho*. Podrá discutirse si, en esta denominación, se integra un grupo coherente y homogéneo o si la fecha del 98 presupone, simplemente, una coincidencia en el tiempo de hombres de toda la rosa de los vientos de esta múltiple y plural España. Con excepción de alguno de sus componentes la mayoría procede de la periferia. Son de ascendencia mediterránea, gallega o vasca pero, coinciden todos con perfecta unanimidad en una enérgica y violenta repulsa del ochocientos, de sus conceptos y de sus hombres y en un vehemente deseo de dotar al idioma patrio de dimensiones de cosa viva y flúida por contraste con el envaramiento de la literatura del XIX sin altura mental —con leves excepciones— y, al propio tiempo, de clarificación de la vida política española, —usufructuada por camarillas generadoras del «desastre»— y de insuflar nueva vida en todos los sectores de la vida nacional.

La generación que *Corpus Barga* encerró en el anagrama VABUMB (Valle-Inclán, Azorín, Benavente, Unamuno, Maeztu, Baroja) (1) siguió rumbos divergentes: Uno, en labor perentoria y bizantina, puramente estilística y de valoración de lo mínimo con espíritu franciscano; otro, influido por Eça de Queiroz y por la opu-

(1) Excluido Antonio Machado, indudablemente por dificultades de acoplamiento en el anagrama, ya que C.B. con su fina acuidad crítica y su sentido de futuro, no podía ignorar que, Machado con Unamuno, constituye la más alta cumbre de nuestra poesía contemporánea.

lencia estilística, sensual y decadente de D'Annunzio (ejemplo las SONATAS), hasta cuajar en la prosa bárbara, barroca y arcaizante de sus *esperpentos*; otro, en el cosmopolitismo y en el diálogo, sutil y chispeante, de la alta comedia europea; otro, en su sentido reverencial del dinero y, alguno en la novela amarga y desolada de los «bajos fondos sociales» en la que sopla el viento de la estepa eslava y en la que se dan cita los infrahombres y los vagabundos. Y, aparte, Unamuno, «el hombre contra algo» —como le definió *Azorín*— que supo encontrar en sí mismo, en su hombría, todos los vastos motivos de lo eterno y permanente en su angustiosa búsqueda de Dios y en el obsesivo trascender de su yo más allá de nuestra vida terrenal.

La aportación de estos hombres a la literatura española y su crítica de los viejos valores originó un verdadero desconcierto. Los círculos burgueses y la fauna política predominante se enfrentaron con un hecho nuevo que perturbaba sus conceptos mineralizados y anacrónicos. Fue un fuerte revulsivo en el marasmo del ambiente petrificado de la Restauración.

El escritor del noventa y ocho ha vivido fuera de la *torre de marfil* en la que posteriormente se aislotaron —en expresión de Unamuno— los poetas novecentistas creyentes en la deshumanización del arte. El escritor del noventa y ocho estuvo en apretado contacto con el hombre de la calle, con el hombre medio español, singularizándose por su rebeldía y por su denodado empeño en elevar la tónica de la vida intelectual española en aquella dura etapa de su cruzada por la cultura.

Es indudable que, con simplicidad mimética, —el chaleco rojo de Theophile Gauthier en el estreno del «Hernani» de Víctor Hugo— adoptaron algunas novedades de indumentaria: *Azorín*, el monóculo y el rojo paraguas; Baroja, la amplia boina de *chapelaundi*, y Unamuno, el cerrado chaleco de pastor protestante. Valle-Inclán no había perdido, todavía, su brazo, ni creado su ingenua leyenda sobre esta pérdida. Pero, todas estas peculiaridades de indumentaria fueron circunstancias adventicias con las que se trataba de exteriorizar su espíritu protestatario.

En el idioma, este grupo supo devolver al español la ductilidad, la belleza escueta y severa, *sin el énfasis, el superlativo elogioso y la hipérbole desmedida* —en expresión de *Azorín*—, sin el empaque y la prosopopeya enciclopedista —salvo contadas excepciones: Galdós, Valera— de los figurones del diecinueve, creando un español limpio y apto para todas las especulaciones.

La geografía de España adquirió, con este grupo, toda su catego-

ría de cosa viva y ejemplar. Por reacción contra la aristocracia y la alta burguesía, enfermas de panoramas de Baedeker, los hombres del noventa y ocho introducen en nuestra literatura el paisaje español con carácter de protagonista, realzan sus bellezas toponímicas y topográficas y destacan, en sus viajes por tierras de nuestra recién descubierta meseta y de nuestros remotos litorales —con una tenacidad ejemplar y reiterativa—, todo el acre sabor racial y ancestral del auténtico hombre rural español. De esta aventura quedan las páginas más bellas y definitivas sobre los pueblos y las tierras de España. Nos dieron el exacto sentido geográfico de lo penibético y de lo carpetovetónico perdido en la incurable nostalgia de los desmesurados y cesáreos territorios virreinales. Fue, simplemente; la reintegración al genuino solar hispánico y una lección de humildad y de reencuentro de lo peninsular y la aceptación, con propósito de enmienda, de la tremenda y dramática evidencia del último fracaso de nuestro sistema colonial.

Lo más fácil, para este grupo, hubiera sido la resignación y el cultivo de los estudios históricos. Ninguno de estos hombres por su edad, entre los veinte y los treinta y cinco años y, en aquella época de predominio de los proyectos, había influido en la vida política, social e intelectual de España. Escritores jóvenes sin el magisterio ni la autoridad del «consagrado» sobre las masas —magisterio que, por otra parte, no tenía realidad en la España finisecular— estaban libres de culpa. Nada significaban como grupo en la vida española. El mito del *noventa y ocho* surge con posterioridad. Es, después de esta fecha clave, cuando estos escritores empiezan, post-desastre, a ejercitar su ministerio sobre la carne viva del pueblo español y sobre las constantes históricas generadoras del desastre colonial. A ellos se debe el estudio de nuestra psicología colectiva y, es en ellos, donde el dolor español adquiere conciencia penitencial.

La circunstancia de ser Madrid el centro literario, por antonomasia, pues las provincias, con la sola excepción de Barcelona, arrastraban una precaria vida intelectual sin proyección fuera del restringido ámbito local o a lo sumo provincial, hizo que los hombres de esta generación afluyeran a la corte. No era tampoco Madrid un gran centro de irradiación intelectual. Su vida literaria se cifraba en el teatro (Echegaray, Eugenio Sellés). El libro tenía escasa difusión y una mínima proyección en la vida social del país. El periodismo era la única salida viable para tratar de vivir al día al propio tiempo que darse a conocer. *El Imparcial*, con su hoja de «Los lunes» constituía la tribuna literaria por excelencia en la que aspiraban a publi-

car los escritores jóvenes. Entre los editores eran Gregorio Pueyo (Madrid), Maucci (Barcelona) y Sempere (Valencia), los mecenas de aquella generación, pero con la sordidez económica inherente a la época. A Ruiz Contreras, el ampurdanés introductor de Anatole France en España, editor y propietario de *Revista Nueva* se debe que Pío Baroja, establecido en Madrid como industrial panadero, después de su fracasada experiencia de médico en el balneario de Cestona, se decidiera a publicar sus «Vidas sombrías».

El escritor, itinerante por excelencia, fue Azorín. Pasada la etapa de iconoclastia de su «Charivari», Azorín por indicación de Ortega Munilla, director de *El Imparcial*, recorre las tierras de la Mancha. Esta labor —que constituye lo más definitorio de su obra— desarrollada en la citada tribuna periodística, asume una categoría extraordinaria que trasciende a la otra orilla del Atlántico. Es Azorín, por tanto, el recreador de la Mancha. Cruza todos sus caminos seducido por el paisaje, se aloja en viejas ventas y mesones alivio de arrieros y trajinantes en la larga travesía del mar de la llanura, conversa con los hombres de la gleba, analiza su psicología, se adentra en la intimidad de sus vidas y recoge, buen catador de bellezas lexicales, expresiones propias de oficios humildes para incorporarlas al acervo del lenguaje literario. Ha valorizado esa tierra dura, esteparia, con el vuelo de las aspas de sus molinos, quijotizada y quijotizable por la que cruza la figura asténica del hidalgo Alonso Quijano, al que Cervantes dotó de una corporeidad y de una perennidad más duradera que la de su propio creador.

A estas andanzas incorporó a Pío Baroja, otro itinerante del noventa y ocho, este último acompañado, en alguna de sus correrías, por *Ciro Bayo* (1). Baroja (etimológicamente «valle frío»), es esencialmente vasco, hombre nórdico, bronco, rencoroso y rebelde, de un acusado nihilismo (véanse sus MEMORIAS). De él dijo Ortega y Gasset: «No quiere servir a nadie ni pedir nada a nadie». Baroja, no obstante su vasquismo, es el escritor español más europeo en el sentido de situar la acción de sus novelas —superado el período inicial de su trilogía «La lucha por la vida» (*La Busca, Aurora Roja y Ma-*

(1) *Ciro Bayo* ha sido un escritor injustamente olvidado. Pudo ser, por su audacia y espíritu aventurero, uno de nuestros hombres del «quinientos». Explorador, recorrió la mayor parte de los territorios de la América española, viviendo en la Pampa, entre los *gauchos* de Martín Fierro, internándose por los países del Centro y de Suramérica, en contacto con indios biznietos de los de las «reducciones» jesuíticas. Resultado de estas correrías fueron su *Manual del lenguaje criollo en Centro y Sudamérica*, y sus obras *Aucafitú, Las grandes cacerías americanas, Por la América desconocida, Historia moderna de la América española y Bolívar y sus tenientes y San Martín y sus aliados*.

la Hierba) sobre los bajos fondos madrileños, aguafuertes de suburbios — en ciudades extranjeras. Su «Ciudad de la niebla» es un Londres típicamente barojiano; su «Laberinto de las sirenas», con sus descripciones de Nápoles, de sus bellezas y peculiaridades no fueron superadas por Curzio Malaparte en su obra, cruda y descarnada, «La Piel». En su trilogía de «Agonías de nuestro tiempo» se suceden descripciones magistrales de sus itinerarios por Viena, Basilea, París, Rotterdam y Amsterdam.

Baroja enjuició el noventa y ocho, después de negarle su fe de bautismo y de rebelarse contra su concepto generacional. Para él «fue una generación excesivamente literaria. Creyó encontrarlo todo en los libros. No supo vivir».

Benavente, madrileño, vivió en el ambiente de los saloncillos teatrales. Fue hombre europeo, lector de Shakespeare en su propio idioma. Atico, de ágil y aguda inteligencia, de réplica rápida e incisiva. Su obra teatral es reflejo del vacío mental y de la frivolidad de nuestra aristocracia palatina y de su imitadora la alta burguesía madrileña de la época, a las que fustigó despiadadamente con su proverbial elegancia sin perdonar sus debilidades. Su teatro se mantuvo a la altura del mejor teatro francés de Berstein y de Porto-Riche.

Benavente se halla hoy injustamente preterido. Se olvida que, toda obra, es hija de la problemática de su tiempo, del ambiente circundante, con un valor auténtico de transición. Tanto el teatro como la poesía, la novela y la pintura son fiel reflejo de la vida de un pueblo, de su propia sensibilidad y de sus propios ideales. No es culpable Benavente de haber producido su obra en una época en la que, el teatro como la novela, operaba sobre los problemas, mínimos y frívolos, de una aristocracia decadente y de una alta burguesía sin autenticidad y sin altura de su misión rectora. A Benavente lo redimen, hoy y siempre, sus *Intereses creados*, reminiscencia de la *commedia dell'arte* italiano, *La noche del sábado* y *La Malquerida*, esta última de un impresionante vigor dramático.

Benavente fue ajeno a las inquietudes patrióticas de su grupo.

Castilla ejerció, sobre todos ellos, una avasalladora influencia. Es quizá Maeztu el único que escapa a este embrujo. Maeztu es un pensador anglosajón. Notoriamente influido, en sus principios, por Nietzsche. En él lo literario se halla restringido al mínimo. En aquella época, ajena a especulaciones de carácter económico, fue el revelador del sentido reverencial del dinero. Aparte de su labor de crítica literaria, *Don Quijote* y *La Celestina*, en que da pruebas de un agudo y acertado enfoque de estos caracteres raciales, Maeztu nos

ha dejado su *Defensa de la Hispanidad*, libro sintomático de un patriotismo, consciente y totalizador que abarca el amplio y plural mundo de habla española.

Valle-Inclán es, también, impermeable al embrujo de Castilla. Es hombre de su tierra húmeda y forestal, de su *finis terrae*, de sus *brañas* espesas y misteriosas por las que cruza la Santa Compañía, de los viejos pazos antañones, de su multiseccular tradición céltica, de sus hórreos, sus caballeiras, de sus cruceiros por las sombrías encrucijadas de sus correoiras, de sus ciudades sumergidas —asulagadas— en las que se oye el bronco de sus campanas bajo las aguas. Un mundo de leyendas y de atavismos alucinantes. Después de sus *Sonatas* —su fase d'anunnziana— y de su carlismo literario historiando, a su manera, las sangrientas guerras que dividieron a España en el enconado pleito dinástico de las ramas borbónicas, crea su *Tirano Banderas* y deriva a la sátira hiriente de la figura de Isabel II con *Farsa y licencia de la reina castiza*, y de sus *esperpentos* sobre la corte isabelina, crítica demoledora de la dinastía, de sus corifeos y de los generales de la época.

Su impresión de Toledo, donde toma contacto con Castilla, es desoladora. Y esta impresión se concreta en los siguientes juicios:

«Toledo es a modo de un sepulcro que guarda en su fondo huesos heroicos recubiertos con el sórdido jirón de la mortaja.»

«Es la calavera que ríe con tres dientes sobre el infolio del anacoreta y dice que todo es polvo.»

Verdaderamente el paisaje toledano semeja el de una gigantesca osamenta calcinada por el implacable sol de la meseta. Y sus viejas callejas cargadas de tradición y, sus templos y sinagogas, contrastan con la Galicia que vive en su subconsciente y le inspiran este juicio superficial sobre Castilla en su más acendrada síntesis.

Es, en Unamuno, nacido y criado en el Bilbao de su *Paz en la guerra*, en la verde Vasconia, donde el imperativo geopsíquico de la tierra castellana, despierta en él un impresionante sentimiento ascético:

En ti me siento al cielo levantado

Y, es siempre y sobre todo, su Salamanca, *alto soto de torres y académica palanca de su visión de Castilla*, la que impera en él y, en su obra, con un profundo e inesquivable amor telúrico, inmerso en lo circundante de esa Castilla que, reiteradamente, adjetiva de «densa, inmovible, perenne, serena».

El hombre Unamuno defiende su habitat salmantino: «El tópico de lo sombrío de los pueblos de Castilla es un embuste». Claro que, también, en una imperiosa simbiosis de contrarios, surge en él, espontánea y fervorosa, la evocación de su paisaje vasco. Son dos amores entrañables que le hacen decir:

*Es Vizcaya en Castilla mi consuelo
y añoro en mi Vizcaya mi Castilla.*

He aquí al hombre escindido en sus dos paisajes geográficos anclados profundamente en los entresijos de su ser.

No hay que olvidar que, este varón fuerte y duro, deprimido por la amargura de su prolongado exilio en Fuerteventura, París y Hendaya declara, en la poesía inicial de su *Romancero del destierro*, con una preocupada ternura por su ser percedero:

*Si caigo aquí, sobre esta tierra verde
mollar y tibia de la dulce Francia
llevad mi cuerpo al maternal y adusto
páramo que se hermana con el cielo.*

Y en la misma composición, temeroso del olvido de su deseo, reitera:

*Si caigo aquí, sobre esta baja tierra
subid mi carne al páramo aterido.*

Este ferviente deseo se ha visto cumplido y su cuerpo yace en los campos de la Armuña, bajo la luz de su alto cielo, en espera de su resurrección.

Antonio Machado, alma gemela, definió a don Miguel:

*Quiere ser fundador y dice: Creo,
Dios y adelante el ánimo española
y es tan bueno y mejor que fue Loyola
sabe a Jesús y escupe al fariseo.*

De Unamuno se ha escrito más que suficiente en España, Europa y América. Toda su obra ha sido analizada y comentada y se han establecido las influencias que, sobre él, ejercieron Spinoza y, sobre todo, Sören Kierkegaard con su concepto de la angustia por consecuencia del pecado original. Su mística necesidad de Dios le define como un auténtico agonista que busca, ahincadamente, subsistir más allá de su vida terrenal en la conservación de la propia personalidad de su yo Miguel de Unamuno.

Salamanca está penetrada de su energía espiritual, de su atormentado anhelo religioso. Toda su apasionante búsqueda de Dios está allí, viva y permanente entre las piedras de la ciudad, en el remanso de sus calles tortuosas, embrujadas y recoletas del burgo medieval y, en ese bronce inquietante de Victorio Macho, en el rellano de la escalinata del Colegio de San Bartolomé que le da redivivo en esa actitud *penserosa* tan peculiar del hombre Unamuno.

En la poesía de Antonio Machado adquiere Castilla un aire solemne y austero. Es Castilla, tan consustancial con su espíritu, la que le hace prorrumpir, contemplando su paisaje, en el lamento de

*La agría melancolía
que puebla tus sombrías soledades.*

Y, siempre, como un ritornello obsesivo, los campos de Soria, de la Soria de su Leonor durmiendo su sueño eterno *bajo el húmedo halago de la tierra* en la soledad del alto Espino.

En este hombre de la Bética florida y luminosa prende un sombrío y recóndito amor por esas tierras esteparias y por los desnudos y alucinantes paisajes de la tierra de Alvar González. Su panorámica soriana es el inventario de sus trajinantes, arrieros, frailes, boteros, pelaires, rufianes, tahures y logreros y, en el concepto peyorativo del hombre del altiplano numantino:

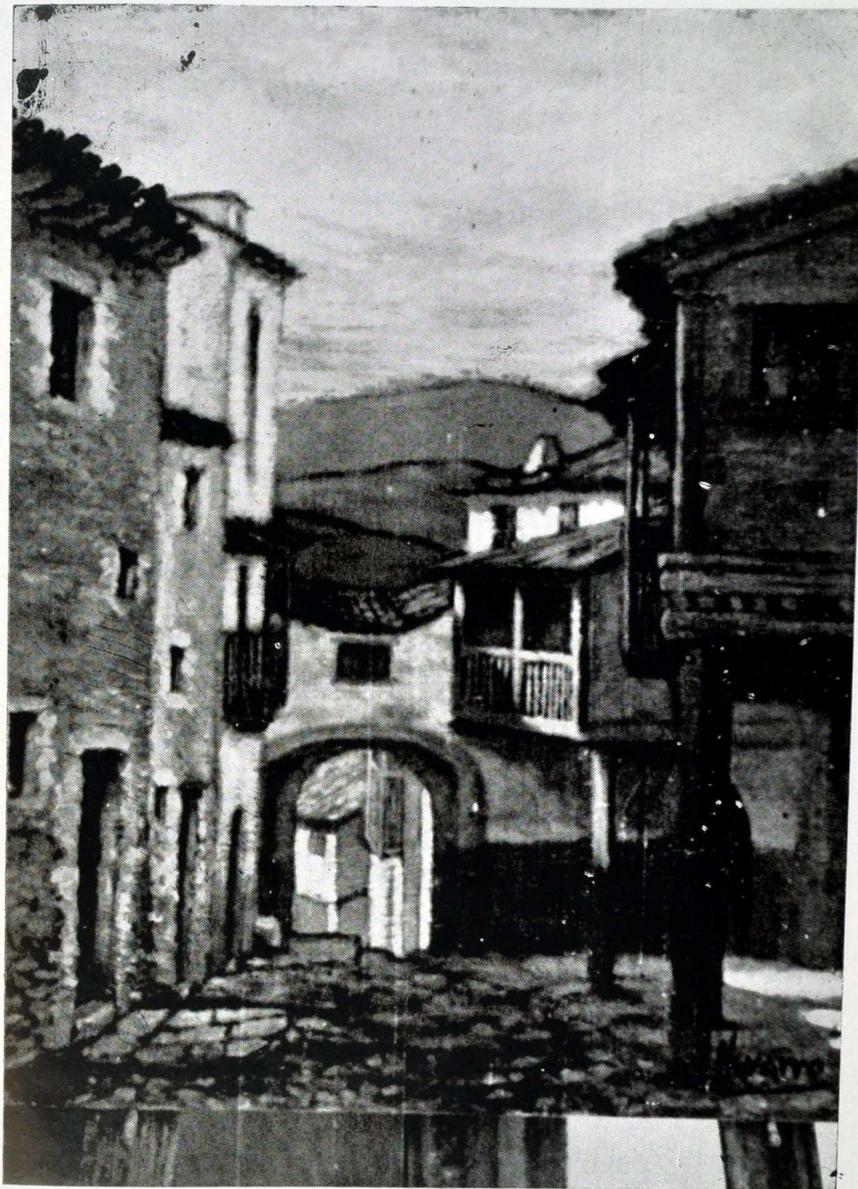
*... bajo el pardo sayo esconde un alma
esclava de los siete pecados capitales.*

Pero, en esta impresión pesimista surge, como un rayo de sol, su canto a lo forestal del paisaje:

*Chopos del camino,
álamos de la ribera,
espuma de la montaña
ante la azul lejanía,
sol del día, claro día
¡hermosa tierra de España!*

Brota en esta poesía, una aguda nostalgia de la clara luminosidad de su Andalucía. Pero, siempre, está presente Castilla y su perdido amor sepulto en el alto Espino:

*Alta paramera
donde corre el Duero niño
tierra donde está su tierra.*



NUESTROS ARTISTAS: «Guadalupe», por José Antonio Navarro Molano.

Y, a Palacio, «buen amigo», en una sentida poesía preguntando por la llegada de la primavera en la estepa del alto Duero, en una emocionante evocación, desde Baeza, le ruega:

*en una tarde azul, sube al Espino,
el alto Espino donde está su tierra.*

Machado es un espíritu profundamente cristiano, patente en su «Profesión de fe»:

*Yo he de buscarte, mi Dios, cual Tú me hiciste
y para darte el alma que me diste
en mí te he crear...*

Y en aquella otra poesía, exultante de gozo, en la que declara:

*Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.*

Sus restos mortales descansan en tierra extraña, en Colliure (Francia), en espera de reunirse con los de su Leonor en el alto Espino.

En esta visión sombría de Castilla de algunos del noventa y ocho, les precedió Julio Senador, autor de «Castilla en escombros» y «La canción del Duero». A Senador se le ha llamado, acertadamente, «el Solana de la geoeconomía». A este Senador polifacético lo describió Unamuno con crueldad inexplicable, dada la admiración que por él sentía: «Hombre trágico y vasto y lisiado como el páramo» y dijo de su obra «al borde del desierto los más jugosos, los más fuertes cantos de la eternidad del alma». Senador ha transmitido a los del noventa y ocho una visión deprimente de Castilla y ha sido, indudablemente, uno de sus precursores.

Senador ha constituido con Costa y Picavea, en la divisoria de dos siglos, la tríada de hombres trágicamente preocupados por el porvenir y los destinos futuros de España. Actuaron de médicos de cabecera de una patria enferma y arbitraron remedios ineficaces para el restablecimiento de la España *sin pulso* de Silvela.

El *noventa y ocho*, por común consenso de los españoles del novecientos, marca una línea divisoria en la evolución de nuestro pensamiento. Se atribuye a esta sigla un poder taumatúrgico de clausura de un período histórico y de umbral del momento contemporá-

neo como si, en sus cuatro cifras (1898), existiera una abracadabra, o fórmula cabalística, reveladora de un mundo nuevo.

Es, en el 98, tardíamente —típica constante de nuestra historia— cuando a España la sobrecoge, por la pérdida de nuestras últimas colonias, esta enorme resta territorial, este empequeñecimiento que la clausura en sí misma y la devuelve, perdida la fe en sus destinos, a la piel de toro peninsular, cortada amarras con ultramar sin escuchar el canto de las sirenas atlánticas que, en el *quattrocento*, le marcaron rumbos inéditos en el mar Tenebroso, ensanchando la cintura del mundo conocido, y sin aspirar el perfume tropical y enervador del innumerable islario descubierto por sus navegantes.

En esa hora de penitencia en que la nostalgia de lo perdido hizo más lacerante la angustia y el dolor de lo irreparable, un núcleo disperso, aislado, de franco-tiradores, la generación del noventa y ocho —siempre la individualidad en nuestra historia desde Viriato pasando por el Cid, Hernán Cortés, Pizarro, Servet, Loyola, Velázquez, Goya—, de guerrilleros de la inteligencia, se alzó sobre el pavés de una España, irresoluta por la catástrofe, para hacer la crítica implacable y justa de una organización incapacitada para conservar los últimos restos de un imperio.

En la historia literaria española este grupo ha sido un mundo en guerra con sí mismo, un núcleo insolidario en guerrilla permanente. De esto, Salaverría, Baroja y Ruiz Contreras, nos han dejado reiteradas pruebas. Aún dentro de su manifiesta y combativa insolidaridad todos ellos están signados por la tónica de la época. Esta es una ley ambiental que conjuga todos los factores en su discordancia así como en su coincidencia y unanimidad.

EMILIO MARTIN DE CACERES

Ideario extremeño

La obediencia es la primera hija de la humildad, y es la que sujeta el hombre a Dios y las facultades sensitivas a la razón.

Fray Juan de los Angeles

NUESTROS CLÁSICOS

LA ABEJA

(MADRIGAL)

Entre un panal sabroso,
Que mi Silvia comía,
Una abeja cobarde se escondía
Con el susto penoso
De no poder librar la amada vida
En la que fabricó dulce comida.
Viéndola Silvia bella,
Tuvo compasión de ella,
Y evitándola el mal que la maltrata,
Con sus dedos de plata
La libró de la muerte,
Y el susto en alegría le convierte;
Mas, desagradecida,
A quien le dió la vida
La mejilla graciosa
Quiso picar, teniéndola por rosa;
Pero ántes que pudiera dar enojos
De Silvia, al rostro liso,
Con los airados ojos
Matarla pudo quien librarla quiso.

JUAN PABLO FORNER